

ros y a sus agimales, haciendo presencia absoluta de cualquiera otro detalle. El prado de cría y los pastajes de engorde se extienden hasta apoderarse de las plantaciones de café, de plátano, o de cacao, que existen en condiciones de producción, y la gramínea forrajera viene a ser la nota dominante en largas extensiones de terreno. La posición del hacendado obliga a los colonos a sustituir sus heterogéneos pero valiosos cultivos, por siembras de pasto, con perjuicio manifiesto de la agricultura, que en las zonas ganaderas va perdiendo su importancia como se observa en el Valle del Cauca, rica y fértil porción de territorio, en donde la ganadería ha tomado poderoso incremento.

El impulso que la exportación de carnes congeladas vendrá a dar a la producción de ganados, hace necesario modificar oportunamente los sistemas actuales, a fin de que el beneficio no vaya a determinado elemento y favorezca por igual a todos los que están vinculados a las faenas rurales, como lo exige el progreso de la nación. La industria pecuaria necesita apoyarse en labores del agricultor, para seleccionar y mejorar la calidad de las especies forrajeras, aumentar los productos alimenticios de consumo entre los peones, y para trabajar solidariamente por hacer resaltar la necesidad de favorecer el industrialismo agrario, ya que ésta es la fuerza única en que se apoya la vida económica del país.

Además, el ganadero debe prepararse para dominar los serios tropiezos que necesariamente han de surgir, una vez que la población bovina tome incremento, para que la falta de previsión oportuna no haga fracasar la nueva orientación que va a tomar la industria. Precisa es-



Los dos grandes LEADERS del día: Lloyd George y Clémenceau

diar las vías de transporte que recorran los ganados del interior a las estaciones de beneficio y embarque; los tipos que ofrezcan mayores ventajas, sea por la adaptación al medio en que se desarrollan como por la cantidad de carne que rindan en menor tiempo posible de ceba; conocer las peculiaridades en las diversas razas para buscar mediante cruzamientos, un ejemplar de selección refractario al parasitismo epidémico, tan generalizado en los climas medio bajos.

Las enfermedades predominantes en los ganados, especialmente las de carácter infeccioso, toman cada día mayor incremento, a favor de la ignorancia o indolencia de los hacen-

dados, que desconfían en absoluto la aplicación de medios preventivos o se limitan a practicar la inmunización cuando la epidemia se ha generalizado y las pérdidas en las dehesas asumen proporciones alarmantes. Este detalle tiene vital importancia para el futuro de la industria pecuaria y merece ser estudiado con antelación puesto que los animales que se exporten o vayan a los parking houses, han de llevar su patente de sanidad insospechable.

El porvenir floreciente de la industria pecuaria ha de cimentarse en la previsión de todos los factores que le aseguren su estabilidad y le permitan aprovechar el capital extranjero en beneficio de todos los

Freseira, hincadas de rodillas, pidiendo misericordia. Apartada la presa que habían de llevarse, los piratas se bataron de degollar, arrojando a los semivivos al brasero del incendio, que ya se propagaba a la aldea toda.

Dilatadas las fosas de su nariz de ave de rapiña, Ali Buceya contemplaba el estrago. Acababan de segar el pescuezo a una mujer que tenía en brazos a un niño, y que, convulsivamente agarrada a él, no le soltaba ni al desangrarse, cuando trajeron arrastras, por su copiosa mata de pelo rubio, a una mocita como de veinte años. Venía según la arrancaron de su lecho, cubierta sólo por la gruesa camisa de estopa, descalzos unos pies blancos que el uso del zueco no había logrado desligurar. Intentaba cubrirse el rostro con los redondos brazos; pero se los apartaron, y Ali rió, con sonrisa sardónica, jugando entre el corvo bigote, un semblante celestial, unos ojos azules en que se pintaba el terror, una garganta como marfil y un pecho donde dos azoradas palomas palpaban.

Con una seña la marcó para botín, y un pirata, comprendiendo perfectamente la intención del arráez, echó sobre el cuerpo tembloroso de la bella su manta argelina. Pálida e inmóvil ya, como cuajada por el miedo mismo, permanecía entre los que la guardaban, cuando dos piratas trajeron a empujones a un viejo semiparalítico, golpeándole para empujarle y dándole con los pies en las costillas, a fin de hacerle avanzar. Entonces la muchacha, como si despertase de un sueño de letargo, saltó hacia el maltratado viejo, y asíetándose a su cuello, gritó: —¡Pá! ¡Mi Pá!

Buceya miraba la escena y sonreía burlón y desdenoso. La mocita se arrojó a los pies del pirata, abrazando sus rodillas. Sollozaba, rogaba, sacudía las piernas del corsario, en la vehemencia de su imploración. El acentuaba su risa de felino. Alzó la mano, movió la cabeza; un pirata, rápido, hundió en el pecho del anciano su gubia. La muchacha se precipitó a recoger el cuerpo ensangrentado, a besarle ardientemente. Cuando se convenció de que el viejo

petruido estaba muerto, se alzó sacudida por horrible temblor nervioso y se desplomó al suelo también. En estado de estupor la llevaron en brazos hasta la costa y la izaron a bordo de la galeota, depositándola en el camarote contiguo al de Buceya.

Los primeros días de navegación rehusó la comida, como si anhelase morir ella también. Una tarde, oyendo lamentos y quejidos en el puente, se asomó a ver sin saber lo que hacía. Era que estaban apaleando a un mozo de su Parroquia, uno de los cautivos que, forzado a remar, había cometido no se sabe qué falta o había tratado de fugarse, y Buceya castigaba su rebeldía con el suplicio. La espalda del mozo era toda una llaga ya, y los hinchados verdugones reventaban al caer nuevamente la vara sobre ellos. Y así como la niña aldeana, en trágica hora, había clamado por su padre, el labriego exhalaba de su garganta el llanto profundo, el supremo:

—¡Mi Ma! ¡Mi Ma!

Continuará